

Francisco Alemán Sainz

EMPEDOCLES EN BALAZOTE

VI Premio de Literatura - Poesía -

Los Llanos 1979

LAS raíces bajo tierra arañando la sombra,
espléndida miseria sin vientos ni tormentas,
manos enarboladas como garfios quiméricos.
Todas las cosas son aquello que más tarde
ilumina los soles que embisten sobre el muro.
El ángel enmudece sobre la misma puerta
que separa la tarde del otoño entre brumas.
La máscara sombría acude como un perro
de sombra enmudecido con lejanas cadenas.

Estos que bajo el sol nacieron otro día
no son plantas, ni sueños, ni doncellas,
sino barro o arcilla, lodo o piedra
que la mano golpea o la mano acaricia
atenta sin saberlo hacia un lento destino
donde la mariposa se embriaga y la paloma
arde instintivamente alejada del águila,
en tanto los jamases de seres desacordes
presienten la embestida de las cabras del viento.

Oleaje de los muros en el afán viviente
que tiembla entre los chopos vigilantes.
Las necrópolis mudas inventan utensilios
respirando prisiones que aún no tocó el arado,
fosas para las plantas que desatan el sueño



y hay un escalofrío de insectos en el agua,
que se queda muy quieta en su nido sin plumas
cuando un niño se duerme en las viejas hogueras.

*(Te busqué aquella tarde en Balazote:
llevabas la sonrisa entre los labios,
la cabeza inclinada sobre el viento,
caminando en silencio hacia un crepúsculo
que se iba preparando dulcemente.
Regresabas del tiempo marrón de los relojes,
de los trenes expresos, de los barcos inmóviles,
mientras los aviones temblaban de suspiros
y rezagados mapas borraban derroteros.
Volvías de las lejanas tierras que enmudecían
llenas de despedidas y de encuentros,
de prisas y de urgencias sin recato.
Bajo tus finas cejas levantadas
las pálidas dioptrías de tigres olvidados
rugían en la penumbra aprendiendo tu nombre.
Prendías el cigarrillo con la llama redonda
despierta en las cavernas donde los ciervos claman,
perseguidos de arqueros cazadores.
Avanzabas despacio por los largos senderos
del jardín cuyas rosas disparaban
a tu nariz aromas como pétalos.*

*Se te notaba el tiempo en las mejillas,
parecías más hermosa, más segura
del gesto en que una vaga bienvenida
izaba las banderas del saludo.
No se sabía en tu mano levantada
en qué mar del recuerdo estaba yo,
en qué montaña muda, sorda, quieta
tenía que responder a tus palabras.
Llevabas en la mano aquel poema
donde contara Empédocles el orden
del principio patente de las cosas,*



*donde era la figura su testigo
y el monstruo derrotado se alejaba.
Allí volví a mirarte, en la colina
mientras un viento suave flameaba
a la luz tu melena recogida.
En tanto que la luz resbalaba en el lomo
de la Bicha de Bronce silenciosa).*

Aquí mismo, aquí mismo un día se modelara
la Bicha cuyo cuerpo felino se destaca
entre las cuatro patas de quién macho cabrío
sigue en cuernos y orejas completando.
La puntiaguda barba, los bigotes,
el flequillo peinado bajo el cabello corto
y la leonina cola, interrogante signo.
¡Qué borrador de sombra, enlutada congoja,
profusa bestia alza su claro rostro humano,
súbito gladiador, amordazada entrega!

Oscurecida fiera que no respiró nunca,
creación humana donde el monstruo alienta,
fórmula solamente, desconcertante, única;
entre rosa y esfinge, entre pájaro y rama.
Gigantesca lombriz en la piedra solemne,
doctor Moreau, licántropos, dráculas, frankenstein,
minotauros, robots, líquenes, mariposas,
la Bicha silenciosa en su zoo milenario.

¡Qué sombrías madrugadas, monstruo indócil,
el tembloroso lomo recibiendo la lluvia!
Empédocles: tu voz domina la tormenta,
los centauros se alejan y las sirenas duermen.
El círculo del tiempo navega su corriente,
y los cuerpos repiten sus miembros en desorden,
huyendo del abrazo, discordia de los sueños.
Empédocles viajero, Prometeo desfogado,
llega hasta Balazote, la Bicha encadenada
levanta su cabeza como un toro irritado.



El basilisco sueña dragones e intemperies
en tanto el lince quiebra el temple de los muros.
Gorgonas, mantis, templarios, unicornios,
toda una pesadilla ilumina las sombras.
Navegan los pasillos el golem, el relámpago,
el sobresalto, el zombi y las islas desiertas,
la locura de hierro de las locomotoras.

Ausente de su tierra, la Bicha pernoctando
un Madrid de museos con las salas desiertas.
Volverás a tu tierra salvada de la bruma
a vigilar las noches antiguas y secretas,
bramando en las afueras con los ojos rasgados
mientras va amaneciendo al fin sobre los huertos.
Hace frío y se levanta el sol en la llanura,
en tanto alzas tu cuerpo a trozos de otros cuerpos
cuando ya todo es luz por todos los caminos.

Pliego suelto publicado en

MONTEAGUDO

NUM. 66

1979

